

PRÓLOGO

—¡Mujer al agua!

Escucho a lo lejos esa frase sin ser consciente de que la citada mujer que ha caído por la borda no puede ser otra que yo misma. Claro, ya veis, el destino —cabronazo— nunca ha estado de mi parte.

Os confieso que, desde arriba, el agua resultaba de lo más apetecible. Mucho más si acompañas esa imagen de un Martini y un bikini lleno de cuentas brillantes de esos que tanto me gustan. Desde aquí abajo, la cosa cambia y no mejora, no. Para que veáis cómo de importante es el punto de vista y cómo cambian las perspectivas.

¡Voy a morir! Ya está. El destino —no voy a repetir de nuevo el adjetivo puesto, que ya sabéis cuál es— ha decidido que este es el momento en el que tenía que casarla. Antes o después iba a suceder, solo que..., ¡joder!, ya podría haber sido dentro de unos setenta años. Sesenta, si me apuras, pero ¡no!, desde luego tenía que ser de esta forma y en medio del mar. ¡Si yo siempre he sido de secano! Como mucho de llenar la bañera o una zambullida cerca de la costa. Y he tenido que mentir de una forma descarada y descabellada, contarle a mi reciente encontrado padre que el mar corre por mis venas cuando lo que de veras corre por ellas es el humor absurdo y el alcohol cuando la cosa se complica. Un poco de sarcasmo también y algo de excentricidad heredada por parte de madre... Soy la mar de explosiva —chiste malo, sí—.

—¡Mujer al agua! —El aviso suena más distorsionado por culpa de la distancia. Lo que solo puede significar una cosa: me hundo.

Y sigo siendo yo, básicamente, porque soy la única fémica que había en ese barco y porque estoy tragando agua que da gusto. Un pez, me estoy mimetizando con el entorno y me estoy convirtiendo en pez. Lástima que no tenga mucho tiempo porque mi capacidad pulmonar es una basurilla y la voy a cascar antes de sentirme siquiera sirena. Una sirena molaría, me reencarnaría en ella si pudiese, aunque estoy convencida de que el karma, caprichoso como él solo, me convertiría en sardina o en langosta, una enorme y gorda langosta que ellos capturarían, venderían y luego untarían en mantequilla.

No, la verdad es que no me apetece que me unten en nada viscoso.

Comienzo a patalear. Mover piernas y brazos de forma acompasada no es nada complicado, es como cuando Dakota, Abigail y yo vamos a un *pub* y nos contoneamos. O ellas se contonean, y yo intento hacerlo sin parecer ridícula y absurda.

Dakota, ¡la mataré! Es decir, si sobrevivo a este desastre, la mataré, porque ella — ¡ella!— tendría que estar aquí conmigo, apoyándose emocionalmente como me prometió que haría, y no, resulta que era muchísimo mejor quedarse tumbada en la playa, tomando el sol, riéndose de mí al verme partir en el barco y dejando que todas y cada una de las cosas que podrían salir mal saliesen mal. Como caerme al agua. A ver, ¿en qué cabeza cabe?

Obviamente, en la mía, porque me he acercado a ver cómo lanzaban esas trampas rectangulares y desaparecían en las profundidades sin pensar en que yo podría acabar junto a ellas.

Tal vez esa fue la intención de ese malhumorado —y sexi, ser tan sexi tendría que estar prohibido— hombre desde el principio. Se supone que había que poner un cebo para atraer a las langostas, ¿no? Pues qué mejor cebo que yo. Soy carnosa y dulce, tierna y jugosa. Nunca me he dado un mordisco, pero, vaya, que me lo daría si no me fuese a doler tanto.

A lo que vamos, seguro que ha sido cosa de Nolan. Tendría todo planeado para deshacerse de mí, porque para él soy un incordio, un lastre, una molestia. Ese sí que ha sido su plan infalible, pues, ¿sabes qué? Que no pienso darle esa satisfacción —puede que en otra ocasión, en la que no estén llenándose mis pulmones de agua salada, alguna que otra satisfacción no me importase darle, con más razón ahora que mi madre me ha proporcionado sabios consejos sobre cómo hacerlo. En fin... ¿Ya os he contado lo sexi que es?—. Manos y piernas, brazos y pies, sacar la cabeza, respirar, escupir agua, no permitir ser carnaza de ningún pez, no convertirme en sirena —ya para eso tendremos otra vida— y salir de esta para matar a Nolan y a Dakota. Eso es.

No tengo tiempo de ejecutar ninguna de estas acciones barajadas porque unos brazos fuertes, duros, grandes, poderosos como los de Thor y con una sujeción precisa y con un movimiento eficaz, me sacan a la superficie.

¡Alabado sea el señor sexi!

Comienzo a toser mientras escupo gran parte de mi melena morena que se me ha metido en la boca y, de paso, me tapa los ojos. Primera norma de una marinera: llevar el pelo recogido o, mejor aún, no llevar pelo. Sí, ese sería un gran consejo que no tuve en cuenta cuando me inventé esa patraña para intentar hacer sentir orgulloso a mi padre, de eso se trataba, ¿no? De que viese en mí a esa hija perfecta, una de la que no se quiera separar.

Supuse que contarle aquella noche, semanas atrás, lo mucho que me gusta el mar, la pesca y lo bien que controlo las técnicas para lo que quiera que ellos hagan en este barco, que

por lo visto nada tiene que ver con un crucero como yo fantaseaba, haría que mi padre me apreciase mucho más. Que quisiese pasar tiempo conmigo, que en las conversaciones que tiene con la tripulación pronunciase mi nombre con el pecho henchido de orgullo. Solo que no calculé las posibles consecuencias de todas esas mentiras que solté por la boquita y que él no pareció creerse, aunque finalmente asintió dejándome formar parte de su tripulación. Menos mal que no me hizo caso cuando le pedí que me dejase llevar el timón. A saber dónde habríamos terminado.

—Deja de patalear —me pide, casi me exige.

Mi bajo vientre se tensa porque ese tono autoritario... Uffff.

Reconozco esa voz fría y gruñona al instante. Mis pulmones están jodidos, ahora bien, mis oídos están finos que flipas. Rozan la exquisitez, vaya. Y parece que mi entrepierna también quiere fiesta.

Una no es de piedra, ¿vale? Yo no te juzgo, y tú a mí tampoco. Bien. Hecho.

—Soy más que capaz de salir a flote sola —me defiendo.

No se lo cree nadie. Nolan tampoco porque sus ojos fríos como el hielo de Groenlandia me muestran la respuesta que su boca no da. Menos mal que sabe guardar silencio.

—Seguro que sí. —No, no supo guardar silencio.

—Suéltame y te lo demostraré.

Duda, por un instante lo hace, aunque al final cede y me deja libre. Echo de menos sus brazos al momento. No me da tiempo a reflexionar sobre ello porque vuelvo a hundirme en las profundidades del océano apodado con cariño «Muerte y Destrucción para Chicas de Ciudad que de Pesca no Tienen ni Idea». Como nombre está genial, no entiendo cómo no lo han usado. Y eso que la del *marketing* es Dakota, tal vez deba replantearme los cargos y esas cosas.

Caigo como el plomo de una caña de pescar e intento concentrarme para mover mis extremidades una vez más de forma coordinada. Los cojones, esto es muy difícil y estoy agotada.

«Menos langosta con mantequilla y más *crossfit* hubiese estado bien, sí».

En fin... Moriré frente a Nolan. No puedo hacer el ridículo delante de él más de lo que ya lo he hecho en estas semanas. Tal vez ya ni le sorprenda. Puede que hasta le resulte

mejor la realidad que lo que imaginaba al tramar su plan maquiavélico para librarse de mí. Seguro que sí.

Los mismos brazos fuertes de antes me sujetan y me sacan a la superficie. Escupo agua sin ton ni son y toso de nuevo. Tan fuerte que tengo la garganta irritada. No sé qué me duele más, si la garganta o mi orgullo.

—¿Y bien? —pregunta—. ¿Algo más que demostrar?

Me sonrío de una forma pícaro. No entiendo cómo puede resultarme encantador y gruñón a la vez. Tienen que ser las hormonas o el mar, que me trastorna, o la cantidad de líquido que he tragado.

«O que te gusta más de lo que quieres admitir, Maia».

Bueno, sí. Puede ser. Tal vez. Quizá. Es bastante probable que sea cierto. Lo es, maldita sea, lo es.

—Estaba intentando demostrar que eras capaz de salvar a alguien —contrataco con sorna—. Ya sabes, un buen marinero debe poder enfrentarse con éxito a cualquier circunstancia que se dé en altamar. Es una de las normas básicas. Para ser un pescador curtido, tengo mucho que enseñarte.

Mi cuerpo desnudo, por ejemplo, y ya, de paso, él que me enseñe el suyo. Tiene pinta de ser una pasada. De locos.

—¿Siempre tienes que decir la última palabra, Maia?

Sonrío a modo de respuesta. A veces no, aunque me siento mejor cuando soy yo la que no da pie a réplica.

—Por supuesto. —No, una sonrisa no era suficiente, tenía que demostrárselo con hechos.

Suelta una sarta de maldiciones ininteligibles y no me molesto siquiera en preguntar qué coño ha querido insinuar con «niña pequeña», me dejo arropar por sus brazos y por su pecho, y me arrastra hacia la escalera de cuerda que han dejado caer por uno de los lados. No tengo ni idea de si es babor o estribor. Lo siento, recordad que me lo he inventado todo para agradar a mi padre.

Coloca mi cuerpo contra la escalera y me aprisiona con su pecho en mi espalda. Un escalofrío me recorre la espina dorsal, y la guarrilla que hay dentro de mí me pregunta si me

gustaría que eso lo hiciese en otras circunstancias. Unas en las que haya menos ropa húmeda y más intimidad. Y nada de boyas ni trampas de langostas.

«Oh, sí, vaya si me gustaría».

—Sube, Maia —me pide.

Con una fuerza y determinación abrumadoras, me sujeta por las caderas y me empuja hacia arriba, como si él estuviese apoyado en un suelo estable de mármol y no entre las aguas del Océano Atlántico.

Me encaramo a la escalera y, cuando he subido un escalón, me giro. Lo descubro mirándome el culo, ¿en serio, Nolan? Mirándome el culo en este momento, ¿no te da vergüenza? ¿A que ya no piensas que soy una «niña pequeña»?

Sonríó más ampliamente y me regocijo en ese pequeño gesto de descaro que he observado en primera persona para encontrarme con sus ojos avergonzados. Sabe que lo he pillado *in fraganti*. Oh, sí, nene, puede que quieras negarlo y que me taches de insoportable, pero te gusta lo que ves. Y deseo que te guste más que el de la chica de la otra noche.

¿Le gustará más que el de ella?

Me guardaré esta información para más adelante, nunca está de más y no se sabe en qué circunstancia podría utilizarla en su contra.

Asciendo, y él lo hace detrás, guardando una distancia prudencial. Cuando pongo los pies en la cubierta —¡Toma ya! Empiezo a utilizar tecnicismos—, mi padre se acerca y me toca la cabeza. Alzo la vista y me encuentro con la preocupación en sus ojos.

—Maia...

—James... ¡Qué divertida ha sido esa zambullida! —Mentir sigue siendo mi primera opción.

Nolan pasa por su lado y ni siquiera me dedica una mirada. Antes de que continúe, mi padre lo frena.

—Gracias, Nolan —murmura. Él se limita a cabecear afirmando y por un segundo me siento fatal—. Recoged las trampas, volvemos a tierra.

—Pero, capitán..., acabamos de llegar —protesta alguien de la tripulación. Quizá Ryan o Ben.

Es probable que esta historia amenice la noche de cerveza en el Blue Fish.

Niega y repite la orden con la voz más dura y firme. Nadie la cuestiona mientras me arrastra hacia el interior del barco.

—Lo siento. Lo siento mucho. —Sería estúpida y una jodida niñata si no me sintiese fatal por lo que he provocado.

Ha sido un accidente, sin embargo, he sido la causante de que todo haya salido mal.

—No pasa nada, Maia. No pasa nada. Hay más días de pesca.

Me tiende una manta, me envuelve en ella y por un momento, mientras guardamos silencio y la vergüenza se apodera de mí, me pregunto si de veras yo hubiese aprendido todo lo necesario para ser una buena marinera junto a él, a su tripulación. Si no hubiésemos estado separados, en vez de James y Maia, seríamos padre e hija. Y, por encima de todo, si ahora que nos hemos encontrado podremos convertirnos en eso y más.

El único consuelo que me queda es que... ¡No he vomitado!

Las arcadas acuden sin siquiera estar lista para ello. ¿He cantado victoria demasiado pronto? Sí, soy.

Echo hasta la primera papilla en el suelo del barco. Dos veces.

—Upsss.

Me temo que Ben contará esta historia en el Blue Fish desde que toquemos tierra.